



Manuel Piniella González, 80 años.
Olivia Janeth Noriega Barragán, 27 años.

Perdió a su padre, pero ganó cinco hermanos

Manuel Piniella González, español originario de Cádiz, sufrió la supuesta pérdida de su padre en el comienzo de la Guerra Civil Española y cuarenta años más tarde se enteró que no había sido así

Hay muchas historias de familias divididas a consecuencia de las guerras, a simple vista todas parecen similares, pues encierran dolor y emoción, pero cada una es distinta. Ésta es una de ellas.

Manuel Piniella González, nacido el 17 de abril de 1926, cuando era niño vivía en Cádiz con su madre Isabel González Alcobar, su padre Manuel Piniella Quintero, y sus hermanos menores Paco y Carmen.

Su padre era marinero y trabajaba en el área de hostelería del barco Cabo San Agustín que pertenecía a la compañía Ibarra y que regularmente hacía un recorrido de Cádiz a Nueva York.

El 15 de julio de 1936, cuando Manuel tenía diez años, su padre los llevó a él, a su madre y a su tía Paca a comer al barco donde trabajaba, ya que pronto zarparía y tardaría alrededor de dos meses en volver.

Relata Manuel: "Nunca se me va a olvidar, mi tía, hermana de mi papá, cortó un trocito de pan, lo envolvió en una servilleta, lo guardó y dijo: esto lo guardo por si acaso es el último recuerdo". Así sucedió, ésa fue la última vez que vieron al padre de la familia Piniella González, quien entonces tenía 42 años.

El barco zarpó y cuando iba a mitad de su habitual recorrido trasatlántico estalló la Guerra Civil Española. El Cabo San Agustín recibió órdenes de volver y llegó a Barcelona, después lo utilizaron para traer armas y trigo del puerto ruso Odessa, iba y venía, pero en el último viaje perdieron la guerra los republicanos y España pasó de ser amigo de Rusia, a enemigo.

Un telegrama informó a la familia que Manuel Piniella Quintero volvería en un barco procedente de Gibraltar, pero no sucedió.

En 1937 los diarios publicaron que el Cabo San Agustín había sido hundido en aguas de Túnez por un submarino italiano; ya entonces Manuel y su familia perdían las esperanzas de volver a ver a su padre.

Ese mismo año recibieron la visita de un hombre que no quiso identificarse y que les entregó una fotografía de Piniella Quintero donde les dice que los amaba. Manuel aún conserva esa imagen en su cartera y la cuida con recelo porque fue la última noticia que tuvieron de su papá.

A pesar de los tiempos difíciles que se vivían en España en la década de los treinta y cuarenta, afortunadamente la familia Piniella González no pasó hambre. Isabel, la madre, era sastre de oficio y tenía mucho trabajo; gracias a eso y a la ayuda de su



hermana Carmen que vivía con ellos, sacó adelante a sus hijos y trató de sobrellevar la pérdida de su marido, aunque nunca se resignó.

Cuenta Manuel que su madre iba a misa cada viernes a la iglesia de San Lorenzo para orar por su esposo, guardaba un vasito de aceite del que el gobierno le racionaba y con él hacía "mariposas" y las encendía en memoria de su amado; además usó el hábito del Carmen durante cinco años, hasta que su hijo Paco, le pidió que dejara de hacerlo, "se acabaron los hábitos, te vistes de gitana si quieres", le dijo.

La historia cambió cuando en 1975 llegó a casa de los Piniella González un guardia municipal con una carta, Carmen la recibió y se la entregó a Isabel, quien al leerla tuvo la mayor desilusión de su vida.

El remitente era Manolo Piniella Ivanovich, el mayor de cinco hijos de la familia que Manuel Piniella Quintero formó con su esposa Catarina Ivanovich en la década de los cuarenta en Rusia. Los demás hijos eran Carmen, Dimitri, Katia y María.

En el escrito, Manolo relataba que Manuel Piniella Quintero había fallecido hacía unos meses a la edad de 79 años y que al agonizar le confesó que había dejado una familia en Cádiz antes de la Guerra Civil Española. Manolo investigó mediante el Ayuntamiento de Cádiz si existía la familia Piniella González y se sorprendió al enterarse que lo que su padre le dijo en el lecho de muerte era cierto, y decidió escribir.

Manuel se encontraba en Madrid, pues desde los 17 años se fue a esa ciudad a vivir con su tía María y hasta él llegó la inesperada noticia de la segunda familia de su papá.

"Por un lado me alegré mucho de tener unos hermanos, pero por otro sentí mucha pena por mi madre", comenta Manuel al recordarlo.

Esa noticia no fue la causa del fallecimiento de Isabel, murió siete años después, pero cuenta el mayor de sus hijos que desde entonces cambió radicalmente, "murió con la cabeza mal", dice.

La comunicación entre los hermanos siguió y después de cartearse un tiempo, los rusos decidieron venir a España, un país del que gracias a su padre, conocían el idioma y los lugares emblemáticos.

El encuentro

En octubre de 1978 fue el primer encuentro. Manuel firmó una carta en donde se hacía responsable de la visita de sus medios hermanos. Esa vez sólo vinieron Manolo, con su esposa Irina, su hijo Sergio y Dimitri. El punto de reunión fue la Estación de Chamartín. Manuel acudió acompañado por su hijo Manolo.

Relata que al llegar vieron un grupito de personas temerosas, sentadas sobre el equipaje y al preguntarles si eran Piniella contestaron eufóricos que sí, acto seguido se produjo una caravana de besos, abrazos, gritos y lágrimas de sorpresa, nostalgia y hasta cierta incredulidad.

Dado que en esos años Rusia era la URSS, los medios hermanos de Manuel tenían una vida muy distinta a la que había en España.



Lo que más recuerda Manuel de la primera visita, era que sus medios hermanos ya conocían mucho del país, aunque no dejaban de sorprenderse porque en los almacenes comerciales vendían todo tipo de prendas o que la gente podía comprar todo cuanto quisiera en el mercado y que en los restaurantes había guisos como los que su padre les preparaba.

Tantos autos por las avenidas, también producía asombro en los hermanos rusos, quienes al escuchar las sirenas de ambulancias o patrullas, no podían evitar estremecerse, pues les recordaban a la policía rusa.

Antes de volver a Rusia, quisieron conocer a Isabel y viajaron a Cádiz. La madre de Manuel en principio se mostró recelosa, pero después no pudo evitar abrazar y besar a los hijos de su esposo y agradecerles por ir a presentarse con ella.

La otra parte de la historia

Junto con los hermanos rusos vino la otra parte de la historia de Manuel Piniella Quintero. A ellos les había relatado que durante la guerra fue cambiado de barco, después llegó en tren a Siberia, luego estuvo como guerrillero voluntario en Yugoslavia para luchar contra los nazis e incluso recibió por ello una condecoración que ahora yace en su tumba en Rusia. Fue consciente de que después de eso y a principios de la década de los cuarenta, si intentaba volver a España el franquismo acabaría con él, así que resignado se quedó en Rusia. Luego un teniente le presentó a su hermana Catarina, se enamoró de ella y decidió empezar una nueva vida.

Tras saber esta parte, el amor de Manuel por su padre nunca cambió: “jamás he guardado rencor a mi padre, hay que pensar que él se encontró en una tierra extraña donde no sabía ni el idioma, estuvo en la guerrilla y si volvía no pasaría de los Pirineos”, dijo “como lo dice Ortega y Gasset: El Hombre y sus Circunstancias”.

Un final NO feliz

Después de la primera visita de los hermanos rusos hubo otras cuatro. En 1989 vinieron Dimitri, Manolo, Irina, Carmen y su esposo Petrov y Katia. Relata Manuel que esa vez fue el éxtasis porque vinieron casi todos y porque separarse fue entonces más difícil que antes, sin importar que dieran un espectáculo en el Aeropuerto de Barajas.

Desgraciadamente esta historia no tiene un final feliz, pues han pasado más de dieciséis años sin que los hermanos vuelvan a verse.

En 1991 se recibió la última carta de los hermanos Piniella Ivanovich. Ese mismo año la URSS se convirtió en Rusia y parte del territorio que originalmente pertenecía a la Unión Soviética ya no lo es y algunos de los hermanos de Manuel vivían en lo que ahora es Ucrania. Quizá por eso desde entonces sólo ha habido cartas sin respuesta.

“Me extraña mucho porque la última vez fue muy emotiva, ellos eran muy cariñosos”, dice Manuel, a quien le daría mucho gusto verlos de nuevo y planea ir a la embajada de Rusia para averiguar el paradero de sus hermanos.

Ésta es una historia donde se puede ver que las guerras y los conflictos sociales pueden separar a las familias no sólo una vez, sino dos o más.

Lo importante de la vida



Estar en la capital del país que vio nacer a compositores como Mozart, Strauss y Schoenberg, es lo que más anhela en estos momentos Manuel Piniella González.

“Yo quiero ir a Viena porque soy muy amigo de la música y el arte, me gustan mucho las dos cosas, y en Viena hay muchos museos y se escucha música por todas partes”, comenta Manuel, quien además confiesa que le gustaría estar quince o veinte días en la capital de Austria porque hay muchos lugares para conocer.

La acompañante perfecta para esta aventura sería su esposa Carmen García, con quien el pasado 9 de abril cumplió 53 años de matrimonio, y es la madre de sus cuatro hijos.

A sus recién cumplidos ochenta años, Manuel tiene varios planes, todos relacionados con la literatura, ya que una de sus pasiones más fervientes ha sido la lectura, pues desde los 14 años tuvo que dejar la escuela para trabajar y ha tenido que aprender por sí mismo.

“Cuando he tenido tiempo siempre he estado leyendo y he leído de todo, sobretodo la historia me encanta y las biografías, yo no sé cuántas biografías me he leído ya. Lo que me pasa ahora es que cuanto más años vivo, cuantos más años me echo encima es como si me pasaran una esponja por encima de mis neuronas y lo voy perdiendo”, explica el español que actualmente estudia Literatura en el Centro de Mayores del Barrio de la Concepción en Madrid.

“Yo ahora me estoy haciendo una vida nueva porque con ochenta años no puedo pedir vivir muchos más. Tengo unas cuantas cosas escritas y hay la posibilidad de publicarlas”, revela Manuel, quien la mayor parte de su vida laboró como Jefe de Compras de la empresa Celograf.

Los escritos en los que actualmente trabaja Manuel son un cuento y un diccionario de personalidades de Cádiz, su ciudad natal, en el que reúne desde el personaje más humilde hasta el más encumbrado, pero con la condición de que hayan hecho algo por Cádiz o que hayan tenido cierta relevancia.

“Por ejemplo un albañil puede ser famoso porque en un terremoto se jugó la vida sacando gente debajo de las piedras y ese hombre es digno de que se tenga con él un detalle”, añade Manuel, quien dice que sólo le faltan tres o cuatro biografías para reunir las 200 que tenía planeadas.

Manuel asegura que la vida debe ser tomada con filosofía, e incluso la compara con el imperio romano, pues considera que igualmente tiene su apogeo y su perigeo, y que así como hay días buenos, los hay no tanto, porque ni la felicidad ni el dolor duran para siempre.

En cuanto a lo mejor de vivir, responde sin dudar: “Además de tener salud, lo mejor de la vida es querer y ser querido, lo mismo por tu familia que por tus amigos, y si es por una mujer hermosa es como miel sobre hojuela.